

“Vacaciones Democráticas”, No

por Sebastián Salazar Bondy

Tantos son los que consideran efímeras las libertades conquistadas —o, más propiamente, reconquistadas— por nuestro pueblo en las jornadas políticas del último tiempo, que no faltan en labios de ciertos contumaces escépticos los más desconsoladores pronósticos con respecto al porvenir. Para tales gentes, ahora estamos sólo haciendo uso de unas “vacaciones democráticas” y en el curso del próximo año, o tal vez antes, retornaremos a la anómala situación de servidumbre ciudadana que, por infortunio o debilidad, ha prevalecido en casi toda nuestra vida republicana. Como aves de mal agüero, quienes predicen esta vuelta de la dictadura alimentan tamaña desconfianza, en el imperio del civismo sobre razones de aparente fundamento histórico, entre ellas la que proclama que el país está inmaduro y, en consecuencia, carece de esa salud moral que hace posible por siempre la convivencia discrepante y respetuosa.

Nada madura a golpes. Para que un fruto alcance la sazón justa se requieren condiciones de naturaleza y clima propicias a su desarrollo normal. Y es preferible, en lo que atañe a la existencia de una comunidad, que, como en el caso vegetal el aire tenga ventiscas y temperaturas encontradas, y no que una tempestad arrasase con todas las posibilidades benéficas que ella guarda. Así, es mejor que la prensa debata, aún acrememente, la conducta de los gobernantes y las ideas de los diversos grupos políticos, a que un silencio temeroso o comprometido de parte de la opinión y sus voceros sea cómplice de los errores y las fallas estatales. Inclusive, la “crítica destructiva”—expresión de tanta prosperidad entre quienes sobrecoge la abierta y franca discusión de sus actos o sus conceptos— es más provechosa que la condescendencia halagüeña tras de la que se esconde siempre, o casi siempre, el pavor a la represión despiadada de los gobiernos.

Por supuesto que hace falta, para consolidar el sistema democrático, que todos hagamos el propósito de situarnos, para nuestras disputas, a una altura ética responsable. Es indispensable que depongamos ese prurito fariseo, que con tanta frecuencia suele ganarnos, de ser poseedores exclusivos de la honradez, la pureza, la sinceridad, la popularidad, etc., grave pecado de vanidad en que incurren sobre todo aquellos que, debido a la inconsecuencia general, fueron víctimas de la violencia del poder usurpado. Años de prisión, por ejemplo, no equivalen necesariamente a cantidad de honestidad, ni sirven para equipararlos, en una singular tabla de méritos, con las virtudes de quienes, por menos desdichados, no fueron vícti-

mas de la misma violencia. Si nos unimos, tácita o expresamente, para defender las instituciones contra cualquier amenaza absolutista, debemos evitar esta clase de fisuras, por las que generalmente penetran los enemigos de la armonía democrática y la destruyen en nombre de un “orden” cuya turbia esencia conocemos demasiado.

Lo contrario de lo que se ha dado en llamar “vacaciones democráticas” sería, en el mismo juego metafórico, el “cartabón dictatorial”, el cual puede sobrevenir de dos modos: por desviación del régimen que se ha de iniciar el próximo 28 de julio —que procede de elecciones, si no transparentes, por lo menos ordenadas— o por el pronunciamiento armado. En ambos casos, sólo la indesmayable atención ciudadana, la vigilia constante, puede asegurar la persistencia de las formas civiles que desde los albores de su existencia independiente el país real ha rastreado en la tropical floresta de los caudillismos y las imposiciones. El “cartabón dictatorial” no volverá a instaurarse aquí si rechazamos de plano, en el fondo de cada uno y en el de todos, esas ideas letales que nos extenuan la fe y nos corrompen. Una de ellas es la que pinta esta época como un lapso fugaz tras el cual, como las fatalidades de la tragedia antigua, acecha la maldición de un destino esclavo. Necesitamos ojos abiertos en nuestras pugnas, disposición para mancomunarnos ante el peligro, voluntad de permanecer libres, o sea, como le dijo al cronista un agudo observador de nuestros hábitos sociales, “espíritu de cuerpo” civil, por el cual cada ciudadano defienda a su semejante como a sí mismo cuando es vejado por la fuerza.

Después de todo, conservar por decisión colectiva lo que es patrimonio colectivo no es una novedad para nosotros los peruanos. Esos versos que entonamos desde niños, en cuyas simples palabras hemos aprendido a oír la voz de la patria, nos lo han dicho desde que comenzamos a hablar: “Somos libres, seámoslo siempre”. He allí la más brava contestación al pesimismo de los moralmente exhaustos, y he allí, además, sin que en ello vaya ningún nacionalismo vano, el juramento que cien veces hemos rendido ante la historia. Cuando hagamos consciente tal sentencia, cuando la convirtamos en un escudo, nadie, por más resentido que sea, podrá afirmar con visos de seriedad que estamos gozando de “vacaciones democráticas”, pues la atmósfera clara y estimulante de la libertad será la única en la cual nuestro ser podrá emprender y continuar su marcha hacia la felicidad que tantas veces nos fuera prometida.